

«Un apasionante thriller histórico sobre una mujer fuerte en una época difícil.
La mujer de las nueve lunas es una novela emotiva y maravillosa». **Julia Navarro**

LA MUJER DE LAS NUEVE LUNAS



CARMEN TORRES RIPA

DEBOLSILLO

AL ALBA

Monasterio de San Disibolo. Renania, año 1118
Maitines

La luna del lobo aún iluminaba el monasterio y un grito despertó la noche de su sopor de sueño. Hlledegard se asustó. Saltó del lecho. Tenía frío y se apoyó en el muro de su celda. Salió al claustro. El monasterio era como una fortaleza recia y bien construida. La oscuridad se aclaraba en segundos por ráfagas de luna y volvía a ser negra entre los árboles. Unos árboles muy altos que custodiaban la entrada como guerreros. Parecía una ciudad amurallada entre dos torreones, con edificios a los lados terminados en triangulo en torno a una iglesia con torre de pizarra en punta. Era un monasterio de rotundas y sólidas piedras rectangulares edificado en la cumbre de un monte boscoso. A los pies de la cima un río. El agua gris parecía una nube mas de la niebla. La presencia de la luna dibujaba los contornos borrosos. El rocío de la noche había dejado húmeda la hierba. Hildegard cruzó el jardín intentando seguir el grito desgarrado que había oído. La tierra estaba removida. Destrozadas las anémonas, pisados los narcisos y el macizo de margaritas. Hildegard sujeto un sollozo con las dos manos. Qué había pasado se preguntó asustada. Oyó voces. Se acercó y acarició con pena sus flores magulladas. Y vio entre los pétalos un trozo de tela de hábito como el suyo. Tiró de él y empezó a excavar. La tierra había manchado el paño. Rascó más, con rabia y con premura. Y entonces la vió. Era chiquita, como un menudo gatito, y rompió a llorar despavorida. La sacó con fuerza y el aire llenó los pulmones de aquel diminuto ser que aún conservaba fuerza suficiente para vivir.

Hildegard se quitó con brusquedad el velo y envolvió el cuerpecito frío y casi insensible. Cerca oyó unas pisadas que se alejaban precipitadamente. Siguió el rastro por la tierra y encontró una azada apoyada en el muro. Gritó pidiendo ayuda pero nadie pareció oírle.

–La niña es de ella –pensó–. Sí, es de Isobella.

¿Dónde estaba Isobella?

Corrió con la niña en brazos. El claustro le pareció muy largo.

Llegó a la celda sofocada, quitando de en medio a las monjas que al fin acudieron a sus gritos. Dejó al bebé en manos de una novicia y entró en la celda de Isobella.

Estaba serena y hermosa. Perfecta. Su cuerpo desnudo y vacío permanecía tendido en el suelo. No había signos de violencia. Isobella parecía dormida plácidamente, envuelta en olor de verbena.

Estaba muerta.

Hildegard nunca había visto un cuerpo desnudo y al verla sintió cierta turbación, cierto malestar. La cara de Isobella tenía un rubor suave, como si ella también se avergonzara de su desnudez pública. Hildegard se preguntaba por qué había dejado su vestido sobre el lecho. ¿Por qué había elegido ese vestido, el vestido de novia de su madre?

El cuello esbelto y frágil se alargaba hasta el pecho. Sus senos eran como los del canto de Salomón, dos cervatillos iguales y gemelos. La estrecha cintura se desdibujaba al acercarse al hoyuelo que marcaba el principio del pubis. La joven monja sintió una punzada en el bajo vientre. Las piernas estaban ligeramente abiertas, como señalando la entrada de la puerta de su cueva secreta. El vello rojizo parecía un menudo puñado de hierbas en medio de un lago. Hildegard estaba sola. Podía rozar la entrada. Se arrodilló ante el cuerpo desnudo y acarició su piel. Estaba aún caliente. Su mano rozó el pecho esperando que los pezones dormidos despertaran a su contacto. Sus dedos buscaron la entrada de aquella gruta. Fueron unos interminables segundos que le dejaron en una eterna vigilia.

Cuando el resto de las religiosas llegaron a la celda de Isobella, Hildegard había cubierto su cuerpo desnudo con la capa del hábito que utilizaban a la hora de vísperas.

Isobella era virgen.

Hildegard salió precipitadamente de la celda de Isobella. Sentía una terrible desazón. Quería arrancarse el pelo. La cabeza le dolía fuertemente y no podía ir a la cocina para coger un jarro de agua. Necesitaba cocer su mezcla, la mezcla que le daba descanso. No tenía tiempo de pensar. Los pensamientos le ocupaban demasiado sitio.

Isobella muerta.

Isobella desnuda.

Sonó el tañido de una campana. Había fallecido una novicia.

Hildegard mordió con rabia unas hojas de verbena. Las mascó fuerte y frotó su frente con más hojas de verbena que tenía bajo su almohada. Se restregó hasta que el dolor de la sien se confundió con la propia rojez de la piel.

Se sentó sofocada sobre su lecho meditando con desesperación acerca de la virginidad de Isobella. La virginidad de una mujer que había sido madre. No había posibilidad de lo imposible. La maternidad era humana y la naturaleza humana era una creación de Dios y Dios había hecho dos sexos para que se complementaran y crearan la vida. Así se decidió al principio del mundo. Y así fue y sería siempre.

–Lo he visto -se repetía en voz baja-. Lo he sentido en mis dedos.

De Isobella no había podido nacer una vida.

Las lágrimas desbordaron sus ojos. No podía sufrir más. Empezó a meceme como una niña intentado alejar de su corazón el dolor. Y, rezó: “O quam preciosa est virginitas/ virginis huius/que clausam portam habet”, -eran sus versos- “et cuius viscera/sancta divinitas calore suo/infudit,/ita quod flos in ea crevit”.

Repetía sus propias palabras. Las había escrito para la Virgen, Madre de Dios. Pero... Isobella. Isobella era virgen y era madre. La niña. ¿De quién era la niña?

Hildegard pensó con sofoco que tenía que recobrar la compostura. Pero su boca asustada se movía y rezaba en un murmullo. Cantaba monótona las estrofas que había escrito antes, mucho antes de que llegase Isobella al monasterio. Se quitó las lágrimas con rabia. Una monja no lloraba. Pero los recuerdos se agolpaban en su memoria. Isobella y su pelo rubio rojo, escarlata dorado, como el suyo. Ambas debían de descender de la dinastía de los Barbarroja, el emperador de la rizada barba grana. Hildegard sentía placer cuando se miraba en la luna de un espejo y veía su cabello. Nunca permitiría que sus hermanas se cortaran el pelo. Una esposa de Dios tenía que estar hermosa. Isobella...

Isobella era la amada del Cantar de los Cantares. La amada que siempre espera al esposo. Isobella, la niña que recogía con amor las plantas que ella le pedía, la niña que seleccionaba las hojas, la que contaba los pétalos de las flores y le miraba ruborizada cuando se sentía observada por ella. “Siempre estaré donde tú estés”, pensaba Hildegard, mientras lloraba desesperadamente. Quizás ella, con sus ojos terrenales, veía a Isobella cuando escribió: “¡Oh, la más

hermosa, la más dulce,/ cómo se deleitó Dios en ti,/ cuando en ti puso el abrazo de su calor”

Se sujetó las rodillas y volvió a mecerse con la cara mojada de lágrimas...”ita quod Filius eius/ de te Lactatus est”.

+++